



DE UN SOLO BRUGIDO

—No quiero ir al cole.

—¿Por qué no querés ir?

—Ya sabés, porque Vicente me pega.

—Quedate tranquilo, ya hablé con la señorita.

—Pero mamá, ¡la seño no hace nada!

—Bueno, voy a volver a hablar. Ahora le escribo una nota en el cuaderno.

—Y además, me duele la panza.

—Joaquín... vamos.

—¡Sos mala! Me llevás a un lugar donde me maltratan —le contestó Joaquín con los ojos encapotados.

Esta misma conversación se venía repitiendo desde hacía algunos días. Para ser más exactos: desde que Joaquín había tenido que empezar en otro colegio y todo olía a nuevo para él: el uniforme, la maestra, la clase, el patio del recreo, los compañeros y, lo más feo y más a estrenar de todo: los coquitos en la cabeza.

Joaquín también se lo había contado a su papá, pero la solución que él le daba, tampoco lo convencía demasiado: “La primera vez que te pega, le decís que no lo vuelva a hacer. La segunda, te defendés y le pegás una buena piña. Vas a ver cómo te deja de molestar”.

Entre el “Avisale a la seño” de su mamá y el “vos defendete y pegale una buena piña” de su papá, Joaquín prefería una

tercera opción: que apareciera un monstruo verde gigante, con dientes FILOOOSOS y una boca INMEEENSA y de un solo brugido —porque los monstruos brugen— lo hiciera a Vicente hacerse pipí encima del cuiqui.





ENFURRUFADO

Cuando por la tarde su mamá lo fue a buscar al cole Joaquín la estaba esperando con el cuaderno de comunicaciones en la mano, y un coquito nuevo en la cabeza.

“Querida familia, hoy un compañerito le pegó a Joaquín en la cabeza. Ya le enviamos una notita a la mamá del nene esperando que no lo vuelva a hacer” —estaba anotado en el cuaderno.

—No quiero venir más, ese “zarpado” me pega —le dijo Joaquín, que